

ANTONIO FELIX CASTILLO PLAZA

En la tarde de ayer fueron inhumados en el Cementerio General del Sur los restos mortales del doctor Antonio Félix Castillo Plaza, que fueron conducidos a tierra venezolana a bordo del vapor "Puerto Rico" y traídos a esta ciudad, desde La Guaira, en la mañana del mismo día de ayer.

En el pasado mes de agosto murió en París el doctor Castillo Plaza, después de haberse graduado en la Sorbona y conquistado altas y valiosas estimaciones por su fuerte y brillante labor intelectual.

En París fueron voceros del sentimiento doloroso los señores doctor J. Gil Fortoul, Ministro de Venezuela, Alfredo Damirón, compañero del extinto y brillante intelectual juvenil, y el señor Censor del Liceo Lakanal.

La Federación de Estudiantes de Venezuela, cuya representación ejercía Castillo Plaza en París, dictó un acuerdo de honores póstumos. En el acto de la inhumación del cadáver, ayer, el señor Agustín Avelado Urbaneja, designado al efecto, dijo en nombre de sus compañeros de la Federación las sentidas palabras que nos complacemos en publicar. También hablaron los señores Tito Gutiérrez Alfaro y Gonzalo Quintero.

PALABRAS DEL DOCTOR GIL FORTOUL, MINISTRO DE VENEZUELA

Señor Censor del Liceo Lakanal:

En nombre de Venezuela le manifiesto mi agradecimiento al señor Representante del Liceo Lakanal, por las manifestaciones de aprecio y de condolencia para con el compatriota caído en esta tierra hospitalaria de Francia.

Antonio Castillo Plaza. El Provisor del Liceo, cuya voz, más autorizada que la mía, hubiera expresado mejor nuestros sentimientos de simpatía y de reconocimiento, se excusa de no poder asistir a esta ceremonia a causa de su alejamiento de París.

Nacido en Caracas, Antonio Castillo Plaza, había ya hecho fuertes estudios en la Universidad de su ciudad natal, cuando, para consolidar y extender sus conocimientos vino a Francia. Aquí, este hombre fuerte se resuelve a pedirle sólo a su trabajo todo lo que necesita para vivir y continuar sus estudios; es entonces cuando acepta un puesto nuestro Liceo, en donde hemos tenido la dicha de conservarlo hasta hoy. Como siempre había llenado a cabalidad sus funciones, nosotros le acordábamos una confianza absoluta: él conocía a todos los alumnos, sus caracteres, y sus costumbres, y su bondad natural unida a una suave autoridad obtenía de ellos todo lo que el buen orden y la disciplina exigían.

Los vastos conocimientos que él tenía de su lengua materna nos habían permitido confiarle uno de nuestros cursos de español, y en ésta, como en todas sus otras funciones, él había satisfecho completamente a la Administración, a los alumnos y a sus familias.

Pero su actividad no se limitaba a los trabajos de nuestro Liceo. Con la esperanza de llegar a ser un día un buen servidor de su país, él había hecho estudios jurídicos y económicos profundos. En el mes de julio de este mismo año la Facultad de Derecho de París, le había otorgado el diploma de Licenciado, y él se disponía a obtener en el próximo año el título de Doctor en Ciencias políticas y económicas.

La muerte ha venido a destruir re-



Antonio Félix Castillo Plaza

nal, me perdonen si pronuncio estas palabras en español, pero ellos comprenderán que al dirigirme al compañero de tantos años para decirle adiós por última vez, yo siento la necesidad de hablarle en mi lengua materna.

Y vosotros, señores, excusadme, si el dolor me domina y la garganta llena de sollozos apenas puede articular las palabras. Pero es preciso que antes que esta tumba se cierre yo le

que venía a sus labios cuando pensaba en el triunfo o en la derrota. Yo no sabría decir si él tuvo un alma de apóstol que quiso alejar con la sonrisa el peligro de una fe demasiado absoluta, o si fué sólo un artista para quien la acción era un medio de vivir con más intensidad.

Y, de todo esto, ¿qué nos queda?... Lo más precioso será quizás el ejemplo de su vida: él no retrocedió ante ningún sacrificio que exigiera el ideal; el espíritu tuvo siempre el puesto más alto y por eso es uno de nuestros más legítimos profesores de idealismo. Si, al lado nuestro, en el combate, su puesto quedará para siempre vacío, su recuerdo lo llevaremos todos en el corazón como un apoyo a través de la vida.

¡Compañero!... tú lo sabes... es inútil que te lo diga: nuestros ideales, nuestras ilusiones, todo lo que hemos soñado, seguirá viviendo en nosotros; nada nos hará cambiar de rumbo. . . .

Y ahora, ¡adiós!... Tu caíste... Descansa en paz.
París, 10 de setiembre de 1920.

PALABRAS PRONUNCIADAS POR AGUSTIN AVELEDO URBANEJA, EN NOMBRE DE LA FEDERACION DE ESTUDIANTES

Compañeros:

Ya tres veces se han aclarado nuestras filas. Tiene ya la actual juventud venezolana una inmediata tradición de dignidad: tres nombres la concretan, tres tumbas la hacen sagrada.

Antonio Castillo Plaza, Leopoldo Ortega Lima, Luis Zuloaga Llamas: tres vidas a las cuales no bastan las santas devociones del recuerdo, tres tumbas que necesitan más que

lágrimas y flores. Aliento para nosotros en el ejemplo de esas vidas, canto triunfal sobre esas tumbas con la epifanía de nuestras esperanzas.

En las embriagueces de la ilusión éste a quien hoy acompañamos, se marchó un día a cultivar y desarrollar sus facultades en el seno maternal de un ambiente propicio, para venir luego a ofrecerlo todo, brazo y alma, abnegado y filial, a su Patria amadísima. Y a fé que así lo hubiera hecho: recto temperamento de luchador, incapaz de amilanarse ante contrariedades y asperezas, sólo pudo doblegarlo el golpe definitivo de la Muerte.

Universitario de raza, coronó su carrera en la Sorbona y ya empezaba a nimbarse con la aureola de la nominación: adquiría para su personalidad la autoridad y el relieve necesarios. Era la primera parte de su labor. Quería, él, ante todo, actuar. Fué un obsesionado de la acción. No era un Narciso intelectual que gustase de contemplarse en el espejo de la admiración o adornarse con lauros de vanidad. Jamás se hubiera satisfecho él con el renombre. Si alguna vez lo buscó fué sólo por la autoridad que confiere, autoridad necesaria para hacerse Paladín de Patria.

Fué un gran sincero, gritó verdades y fué alguna vez hosco y rudo, no con virulencia de panflecionista sino con austera honradez de convencido; y sincero y fuerte habría siempre él usado de su actividad con estrategia provechosa y habría siempre esgrimido su pensamiento como un arma bienhechora.

Glorifiquemos su recuerdo en nuestra obra. Y por ahora dejémosle aquí, junto con el dolor de las lágrimas y la piedad de las flores, la oración de nuestras esperanzas!

caído en esta guerra... Francia.

Espero que este será un vínculo más de amistad entre nuestros dos países.

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL SEÑOR J. BARDIN. CENSOR DE ESTUDIOS EN EL LICEO LAKANAL, SOBRE LA TUMBA DE ANTONIO FELIX CASTILLO PLAZA

Señor Ministro:

Señores:

Tengo a la vez el honor y el profundo sentimiento de tomar hoy la palabra para dirigirle un postrer adiós a

La muerte ha venido a destruir repentinamente toda esta noble vida, cuando apenas él contaba veinticinco años, arrebatándoselo a su familia, a sus muchos amigos, a su Patria, que pierde uno de sus mejores ciudadanos, y a Francia, por quien él tenía una profunda admiración.

En nombre del Liceo Lakanal, cumplo con el deber de dirigir a Antonio Castillo Plaza, como un homenaje supremo, el testimonio público de nuestra simpatía y consideración.

Permítidme que deposite personalmente sobre esta tumba el recuerdo piadoso, sincero y tierno de un corazón que no olvidará.

PALABRAS PRONUNCIADAS POR ALFREDO DAMIRON

Señor Ministro:

Señores Representantes del Liceo Lakanal:

Señores:

Debo empezar por pedirle a los señores Representantes del Liceo Laka-

lar las palabras. Pero es preciso que antes que esta tumba se cierre yo le rinda al compañero muerto el homenaje fraterno.

Yo no os diré nada de mi propio dolor: si sólo supiera de mi propia pena me callaría: pero siento en mí el dolor de todos nuestros compañeros, de nuestra juventud toda. Yo sé que ella está de corazón aquí, con nosotros al borde de esta tumba que le roba una de sus más hermosas esperanzas, y en su nombre me siento obligado a pronunciar este postrer adiós!

Inquieto de espíritu, noble y gallardo, llevando siempre en el alma alguna empresa hermosa, enamorado de todo gran ideal, presto al sacrificio, así lo conocimos todos y así quedará para siempre su recuerdo en nosotros.

Aquel espíritu era todo fé, alegría, sonrisa. Su fé era una inmensa fé de apóstol que hacía surgir las más hermosas catedrales en el desierto de su vida. E iba en su alma hermanada con una sonrisa de escepticismo,

Luis Zuloaga Llamozas

Un telegrama, brutal en su laconismo, nos trajo, hace algunos días, la noticia de haber muerto en un rincón de provincias, Luis Zuloaga Llamozas.

Conociera yo a Luis allá por el año de 1906,—un chavalo yo, un adolescente él,—en las aulas del Colegio Miranda, que regentaba aquel inolvidable doctor y maestro Marcos Vicente Landáez.

Luis era el demagogo del Colegio. El que proponía las huelgas, el que se revelaba contra lo que él creía injusticias de los maestros, el que pedía, en discursos llenos de fuego, que se anticipara la fecha de las vacaciones...

—Este muchacho será diputado, decía el doctor Landáez.

Fué Luis, aquel entonces y siempre, un demagogo suigénaris: atildado en el vestir, reflexivo, culto hasta el extremo de no recordar yo jamás en su boca una palabra mal sonante; un rebelde, en fin, no de vocábulos, ni de trajes, como casi todos los rebeldes al uso, sino de pensamiento y de acción.

Un buen día me dieron la noticia:

—Luis se casó...

¡Se había casado nuestro jacobino! Jamás lo creyera yo capaz de ello. Sin embargo, la noticia era auténtica. Se quedó viviendo en un aldeaño de Caracas, al lado de su mujer. Cierta vez me lo encontré.

—Conque te casaste, chico?

—Me casé.

—Burgués!

El sonrió.

—El mismo de antes...

—¿Palabra?

—Palabra...

Aquel día me habló con más entusiasmo que nunca de una porción de cosas que yo creía olvidadas en él. Era el mismo Luis de siempre. Nos despedimos. Le ofrecí una visita que no hice. Y no había vuelto a oír hablar de él, cuando ahora días, brutal en su laconismo, leí en la prensa el telegrama que anunciaba su muerte en un rincón de provincias.

Muere sin haber desplegado en toda su magnitud, la fuerza de sus alas. Muere muchacho, vigoroso, pleno de esperanzas, henchido de pasiones buenas.

Es un compañero más que cae definitivamente. El, Leopoldo Ortega Lima y Antonio Félix Castillo Plaza, muerto no ha mucho, representaban energías auténticas en el vuelo de la Patria hacia cumbres de grandeza y prosperidad.

Así, su duelo, no es de una familia ni de un núcleo: es, antes que todo, duelo de la Patria, y luego, pérdida irreparable en el seno de esta juventud venezolana de ahora, reflexiva, fuerte, honrada, a la cual me vanaglorio de pertenecer.

GONZALO CARNEVALI.